J. GEORGI F.

Revista de Artes y Letras

DIRECTORES

M. L. ROCUANT

F. SANTIVAN

EDICIONES DE "ARTES Y LETRAS"

Año II. N.º 4
de la Revista

IX de las Ediciones
Agosto 1918

CUESTIONES INTERNACIONALES

I.—La misión Bunsen

Al simple anuncio de que vendría a Sud América, en Embajada Especial, persona de tan elevada categoría como Sir Maurice de Bunsen, los espíritus alertas,—periodistas, políticos, diplomáticos,—aguzaron su perspicacia. Las miradas interrogativas se cruzaban como lampos de las intuiciones y las sospechas. ¿A qué vendrá? ¿Será una paloma mensajera de paz, o será, como dicen los germanófilos, un azor de la misma familia de los que:

> Chaque soir, espérant des lendemains épiques,
> L'azur phosphorescent de la mer des Tropiques
> Enchantait leur sommeil d'un mirage doré?

No era paloma ni era azor; era un enviado de las Islas Gloriosas; un portador de saludos reales, a cuya llegada los países sudamericanos abrieron de par en par las puertas de sus Casas de Gobierno.

El Brasil, grande y noble nación, hizo a la Embajada Bunsen un recibimiento magnífico y discreto; la festejó con solemnidad respetuosa, y aprovechó la oportunidad para evidenciar sus riquezas públicas, el desarrollo de su población y la claridad de sus miras internacionales. No hubo incidencias perturbadoras de las manifestaciones oficiales. El pueblo y las grandes personalidades de la política y de la sociedad estuvieron unánimes en sus demostraciones de simpatía a los emisarios egregios.

No sucedió lo mismo en Buenos Aires. En el primer momento, debido a razones que se esquivan nada más que lo necesario para que no se las vea, pero se las sospeché, hubo un incidente que pudo tener consecuencias apreciables: la cautelosa huída del Sr. Irigoyen. ¿Temió el dignísimo político las inevitables declaraciones que le arrancarían las circunstancias, o deseó simplemente dejar en libertad al Vicepresidente, Sr. Pelajio Luna, para que recibiese a Mr. de Bunsen y declarase cuanto quisiese y prometiera cuanto deseara? Felizmente para la cordialidad de la recepción, todo se arregló en forma irreprochable y la Embajada Británica pudo cercionarse de la sinceridad de los halagos de que fué objeto, de la casi delirante simpatía del pueblo argentino por la causa de los aliados y de la firmeza de criterio que guía la acción exterior de ese país rico y poderoso. Las promesas hechas fueron magnas y serán, si no lo han sido, cumplidas con longanimidad... pues, están de acuerdo con los intereses de la nación. A pesar de la obligada reserva, esas promesas son conocidas, pero como no nos conciernen, no las mencionaremos ni comentaremos. Aplaudimos sí a ese Gobierno y a su Ministro de Relaciones Exteriores por su actitud hábil y franca.

Cumplida su misión allí, Sir Maurice de Bunsen pasó a Chile, y, a pesar de cuanto le dijeron en Río y Buenos Aires, pasó sin temor. Los hechos confirmaron su confianza. La recepción que se le hizo aquí resultó lo más entusiasta que nos permite nuestra—¿cómo llamaremos nuestra apatía?— nuestra sobriedad. Posesionados hasta el límite extremo de nuestro papel de neutrales,—más oficial y teóricamente que en el hecho, puesto que no hemos protestado de algunas imposiciones de origen aliado,—celebramos a Mr. de Bunsen con los únicos medios que conocemos: discursos y banquetes. En ellos se representó a la Embajada el agradecimiento del país por cuanto debe, desde sus orígenes, a Gran Bretaña. Mr. de Bunsen, velando la inquietud de su espíritu atento a lo que pudiera asomar de germanofilismo, escuchó y apreció cuanto se dijo; pero los discursos, o sea lo que aquí se entiende por tales: una sucesión cualquiera de ideas,—no salieron de lo prudente, no aludieron a nada

medroso, ni a la neutralidad, ni a nuestras diferencias internacionales. Tanto en ellos como en las conversaciones particulares sólo se habló del mejoramiento de las relaciones comerciales de Chile con Inglaterra, del salitre, de la mejor manera de pagar las grandes adquisiciones propuestas, etc. Todo fué como debía ser, afectuoso y cordial, puesto que el Gobierno inglés nos ha tratado, en forma que lo enaltece y nos honra, aun en los casos en que que pudo proceder de otro modo, como en lo referente a los acorazados.

Y aquí es justo anotar que la compensación moral, más que material, que Inglaterra nos hizo al obsequiarnos con submarinos y aeroplanos por la cesión de los acorazados es un triunfo diplomático de don Agustín Edwards. La actividad y el patriotismo de nuestro Ministro están fuera de discusión.

Nada más grato para nosotros, que escribimos estas líneas, libres de toda intención política, que aplaudir al señor Edwards en este asunto en que su vivacidad, siempre bien dirigida, lo impulsó a romper la tradicional timidez con que los Ministros de Chile en el extranjero insinúan a su Jefe, el Ministro de Relaciones, lo más conveniente para el país, en tal o cual caso de difícil solución. Y aunque hay quienes sostienen, con buenas razones, que un Ministro Diplomático no debe tener ideas propias, y aunque es recomendable que, al tenerlas, las dé a conocer a su Jefe, no de modo que evidencie la inquietud del amor propio, temeroso de ser herido, sino en forma de tranquila y reverente insinuación, celebramos el proceder del señor Edwards, por qué ha demostrado, con él, conocer los intereses internacionales de su país y cuidar de ellos con tino y estudio.

Siguiendo su itinerario, la misión británica llegó a Bolivia, que es, para fines diplomáticos, como no llegar a ninguna parte porque el velo de Isis es transparente en comparación del que cubre los intentos de su Cancillería. Lo único que en ella se ve asomar, a modo de mirras cultuales, son sus aspiraciones... Bolivia no quiere, no pretende nada; aspira, casi diríamos, sueña. Tendida al lado de su antiguo compañero, el Perú, está retenida en su acción, como Isolda junto a Tristán, por la espada que entre ellos ha puesto Chile. Su actitud es casi

candorosa. No resuelve ni trata de resolver nada. Tiene conflictos de límites con casi todos sus vecinos; con la Argentina, lo relativo a Yacuiba, Esmoraca y Toldos; con el Brasil, el litigio sobre la región del río Verde y la del río Iquiri; y con el Paraguay, lo más grave: la disputa del Chaco. Sin embargo, dormita. Parece no ver que, como símbolo anunciador de quién sabe qué desmembramiento, los escudos de cada una de sus provincias, colocados al borde de las tribunas de su Parlamento, se muestran, a los viajeros, ladeados, próximos a caer, como frutos maduros, en manos de cualquier vecino de su huerto patrio.

Dada esta su psicología de pueblo sin voluntad, se comprenderá la timidez y la cohibida obsequiosidad de su actitud ante la misión inglesa. El Presidente Gutiérrez Guerra, adelantando la confesión de su deseo de acceder a cuanto le pidiese Mr. de Bunsen, recordó que el capital británico ha tomado parte en e desarrollo de los ferrocarriles bolivianos. Dijo la verdad, pero la limitó, con sabiduría, al momento diplomático. Pudo, ampliando esa verdad, reconocer que Chile ha contribnído también a ese desarrollo; pero no creyó oportuno hacerlo: Chile no pide nada. Por último, el señor Gutiérrez Guerra recordó también, en frase geográfica, el ensueño que mantiene a su patria en algo así como en éxtasis: dijo, aparentando ignorar que Mr. de Bunsen lo supiera, que Bolivia es un país sin costas, no dijo sin puertos, porque eso habría sido entrar a la realidad y Bolivia sueña.

Mr. de Bunsen admiró la belleza del ensueño, y desvaneciendo tal vez, antes de que asomase a sus labios, una sonrisa, partió al Perú. Allí fué otra cosa. El Embajador advirtió desde lejos, que, semejantes a los muros de Troya, en el poema de Homero, los del Perú estaban poblados de lanzas y de héroes. La acogida que se le hizo no fué de salón, sino de campamento, y los saludos que le leyeron no fueron discursos, sino proclamas. Se ofreció a Mr. de Bunsen lo que él pedía, pero se le exigió casi una promesa de ayuda contra los vecinos del Sur. Prometieron y acusaron. Su audacia llegó hasta convertir la Embajada en Primera Instancia del Tribunal de las Naciones, ante el

cual esperan llevarnos, tal vez en rebeldía, como a violadores del derecho, u otro tema melódico por el estilo. Desde el estudiante al obrero y desde la dama de sociedad al hombre público las voces fueron unas mismas, y no moderadas, sino altivas, y no circunscritas a lo posible, por estar en litigio, sino dilatadas hasta clamar por lo imposible, por estar entregado. El órgano del señor Leguía, reuniendo todas las voces, habló de la devolución de Tarapacá, y llegará día en que el órgano de algún otro político aspirante a la Presidencia de la República, hable, para dar carácter patriótico a su candidatura, de la necesidad de pedir hasta la Serena.

Mr. de Bunsen permaneció mudo, pero en actitud cortés, siempre cortés, sin olvidar un instante, ni aun cuando fué acosado a preguntas, ora finas, ora torpes, pero siempre peligrosas, y que acaso hicieron asomar a sus mejillas nobiliarias la palidez del fastidio o el calor del enojo, que debía cumplir hasta el martirio con la primera obligación del diplomático: ser político, condición propia, por lo demás, de todos, ya que el hombre es, desde su origen, un animal político, *zoon politikon,* que decía, nos parece, Aristóteles.

Y la Embajada Bunsen se alejó, no sin haber hecho algunas declaraciones sobre política internacional que han hecho las delicias de los escritores del Perú y suscitado las alarmas de don Agustín Ross.

¿Hicieron mal los peruanos en tomar la actitud a que nos referimos? No, hicieron bien. Los ideales patrios, aun los extremos, han de ser defendidos a voces. El que grita es oído, si no escuchado, lo que es mucho, si se atiende al poder de sugestión que todo clamor despliega. Además, el Perú sabe que por ese camino puede llegar al triunfo. Por eso escribe, habla y vocifera. La propaganda de sus políticos se une a la de sus literatos esparcidos por el mundo y hábilmente favorecidos por su Gobierno, que los aprovecha mejor que el nuestro a los nuestros. Ved, si no, como no hay casi publicación de carácter universal en que no aparezca la inteligente influencia de sus escri-

tores. Y no nos referimos a los libros de autores peruanos, como los de García Calderón, y de Barreto, por ejemplo, sino a las obras de importancia mundial, anunciadas hasta el delirio desde dos o tres años antes de su publicación, pero no por eso menos ignoradas de nuestros Ministros en los países respectivos; nos referimos a las Enciclopedias, a *La Grande Encyclopedie* que, en su volumen veintiséis, artículo «Perou», dice: «El Perú y Bolivia tenían al Sur un vecino menos rico y más activo que codiciaba los distritos de Atacama y Tarapacá, donde estaban los yacimientos de salitre». Y agrega, hablando de la guerra de Chile con Perú y Bolivia: «En el curso de la última guerra los chilenos habían arrasado metódicamente las riquezas públicas y privadas del país, y en esta áspera lucha han sido señalados muchos actos contrarios al derecho de gentes». Y nos referimos a *The Encyclopaedia Britannica*,—edición de 1910, que también en su artículo «Perú», dice: «El 5 de abril de 1879 la República de Chile declaró la guerra al Perú, alegando como pretexto que el Perú había hecho un tratado ofensivo, dirigido contra Chile, con Bolivia, país con el cual Chile tenía una disputa; pero la publicación del texto de este tratado hizo conocer el hecho de que él era estrictamente defensivo y de que no contenía causa justa de guerra. El verdadero objeto de Chile era la conquista de la rica provincia de Tarapacá, la apropiación de sus valiosos depósitos de guano y nitrato, y la expoliación del resto de la costa peruana».

La única de estas publicaciones que da una versión imparcial es el *Brockaus Lexikon*, Berlín 1892, que en su tomo cuarto, artículo «Chile», dice que Bolivia intentó arruinar con impuestos la naciente industria chilena, que Chile protestó en vano de esta abierta violación del tratado existente, y que vino la guerra. Esta opinión, basada en la verdad, era la dominante, aun por aquellos tiempos, en Alemania, lo que se confirma con la declaración que el Canciller de ese Imperio hizo a nuestro Ministro allá, don Ramón Subercaseaux.

Esta propaganda en libros destinados a circular universalmente con carácter de imparcialidad, por ser escritos por extranjeros, terminará un día por establecer, sin lugar a réplica,

que en el asunto Tacna y Arica la razón está de parte del Perú. Ese día, que acaso haya llegado ya, el Perú se sentirá apoyado por la opinión del mundo entero y cualquier acto nuestro,—mientras más tardío peor,—tendiente a consolidar lo poseído, será considerado como un nuevo intento de conquista, sin que haya diplomáticos que basten a convencer a nadie de lo contrario. Su propaganda ha sido, pues, bien dirigida. ¿Y la nuestra? ¿No hay medio de ayudar, aunque sea a deshora, a los escritores chilenos que están en Europa, a fin de que impidan, en lo posible, que aumente el desprestigio que de Chile hacen obras de tanta magnitud como las que hemos mencionado, y el que puedan hacer las que se publiquen después de la guerra? ¿O somos tan fuertes que podamos decir como Alemania—ya se sabe con qué resultado—: ¿Qué nos importa la opinión del mundo?

II.—Chile en el extranjero

La lectura que hemos hecho de los últimos artículos de diarios, folletos y discursos sobre el asunto Tacna y Arica no ha caído en terreno estéril, puesto que ha formado en nosotros una opinión... contraria, en cierto sentido, a lo que ellos sostienen; opinión que daremos guiados por el único afán de obedecer al imperativo shakespeariano:

To thine own self be true.

Y excúsenos, en artículo como éste, de índole no literaria, la citación de versos porque ellos son un derivativo de nuestras preocupaciones diarias, como lo eran, respecto a las suyas, el violín para Delacroix y los gatos para Richelieu.

No siendo nadie, podemos hablar. La cuestión del Norte es doble, y se resume así: dos provincias peruanas están bajo el dominio de Chile. Este dominio puede cesar por un plebiscito. Una nación, Bolivia, ha renunciado a tener puerto en el Pacífico, pero lo necesita y, necesitándolo, aspira a conseguirlo y, con el tiempo, luchará por lograrlo. El Perú exige ya la devolución de Tacna y Arica; Bolivia no pide nada aun; pero lo

pedirá, y después, lo exigirá también. En rigor, ni una ni otra nación tiene derecho a nada; pero la necesidad moral de una y material de la otra terminará por crear ese derecho, puesto que la necesidad es incoadora del derecho biológico, superior al jurídico, porque viene, como un clamor, de la fuente misma de la vida. Vendrá, pues, el conflicto. ¿Qué deberíamos hacer? Adelantarnos a él. Aprovechar nuestra fuerza para ser, primero, generosos con el país resignado y soñador, con Bolivia, ofreciéndole alguna caleta, en punto compatible con la frontera exigida por nuestro Estado Mayor, en cambio de la celebración de un tratado de comercio por cuarenta o cincuenta años; y para ser, después, inflexibles con el soberbio: el Perú. El arreglo con Bolivia sería la paz asegurada, un beneficio para todos; la realización del plan de Santa María. Conviene no olvidarse de que si para Bolivia la cuestión de un puerto es aspiración vital, la expansión comercial es también para Chile una cuestión de vida.

Mas, para el arreglo con el Perú, habrá de seguro, un obstáculo que deseamos señalar con entereza: el renacimiento de las influencias personales y de partido que tantas veces han impedido aquí y en el Perú la solución del conflicto. Sí; para ese arreglo es preciso un hombre que tenga ideas claras sobre el asunto; pero ese hombre, que es el Presidente de la República, don Gonzalo Bulnes, don Joaquín Walker Martínez, don Anselmo Blanlot Holley, don José Miguel Echenique, don Eleodoro Yáñez, necesita de la ayuda de otros hombres que están en el Congreso y en la prensa. Y esa ayuda no es fácil de conseguir, porque cada uno de los requeridos para prestarla, sueña con ser él quien escriba la última página de la epopeya del Pacífico. Esto podrá ser estimado falto de fundamento, pero ¿cuántas veces los políticos que han intentado solucionar el problema del Norte no han sido retenidos por la red de los distintos pareceres y de las alarmas suscitadas en torno de las posibles consecuencias de su acción, pareceres y alarmas que no fueron en el fondo sino el temor de que esos políticos se engrandecieran hasta perturbar el equilibrio en que, para tranquilidad de todos, gustamos de mantener los méritos personales? ¿No ha sido el sentimiento patriótico ostentado por

algunos, aquí como en otras partes, un simple velo encubridor de ambiciones? Si no ¿cómo explicarse el límite de un nombre —si no lo hago yo, que no lo haga éste o aquél—puesto a los actos que, por patrióticos, debieran ser como el sacrificio de los soldados, impersonales y anónimos?

Y esto que decimos de Chile, lo podemos decir también del Perú. Quien bien sabe lo que pasa por allá, don Joaquín Walker Martínez, asegura en *La Unión* de Valparaíso, el 23 de Julio de este año, en un artículo vigoroso como todos los suyos: «Están también comprobadas estas otras verdades: de Tacna y Arica hacen en Lima cuestión política los partidos y cuestión de influencia los directores de empresas periodísticas. Cuando algún partido trataba con alguna sinceridad la materia, el otro, o los otros, le acusaban de tramar la *entrega* de las «provincias cautivas». Y cuando un diario sentía flaquear su circulación, tocaba a rebato con variantes sobre el mismo tema».

La filosofía de nuestras reflexiones parecerá ingrata; pero la verdad que encierra permanecerá intacta mientras persistan los hechos que la han generado en nuestra conciencia de simples espectadores de los actos públicos. Creemos, pues, que si a un hombre de cultura y talento se le prestase el desinteresado concurso que para ello requiere, el asunto del Perú podría ser arreglado fácilmente, por ejemplo, por medio de un plesbicito celebrado de acuerdo con las condiciones propuestas por Chile, que no difieren mucho de las propuestas en alguna ocasión por el Perú. Ello sería una acción sin odio y una victoria sin humo.

Pero si esa u otra fórmula cordial no fuese aceptada por los gobernantes peruanos, o los proponentes chilenos temieran los obstáculos de que hemos hablado, que se las abandone y que se procure, porque es indispensable llegar a ella antes de la paz europea, la solución que aleje todas las rivalidades disolventes. Que la palabra de Chile sea limpia, bruñida y luminosa, que sea su espada. Esto hice, esto exijo. El debate debe volver al ambiente en que nació. Si los estadistas chilenos de entonces no lo mantuvieron en la atmósfera natal, si se vieron obligados a sacarlos de allí para llevarlo al terreno de la nota y del libro, pensamos que los de hoy deberían huir de las batallas del

verbo, en que los peruanos son más fuertes que nosotros, y volver a la de las acción tradicional chilena, a las batallas en que se vierten por el engrandecimiento de la patria menos tinta que sangre. Para ello habrá ocasión como la hubo cuando, en 1910, el señor Chacaltana se alejó del país rompiendo las relaciones diplomáticas sin que Chile le hubiese dado motivo para tal ruptura, o cuando lo hizo el señor Porras... Y si esa ocasión no se presentare con la premura deseable, se debería hacer lo que se ha hecho siempre: crearla.

El estado de ánimo de los escritores, por lo menos, del Perú, corresponde al de los chilenos que están anhelosos de acción. Ultimamente, a propósito de la muerte de González Prada, el señor Leguía y Martínez, recuerda en el número de Agosto de *El Mercurio Peruano*, los años que siguieron a la guerra con Chile. Dice: «¿Quién más que esa juventud, en mala hora surgida a la existencia, saboreó con más desencanto, con más desesperación, la vergüenza y la humillación del vencimiento»? Pero «de súbito, en el silencio de la tenebrosidad del fatídico horizonte, resonó una voz potente»... El autor enumera en seguida todo lo que era esa voz: halago materno, descarga eléctrica, rugido de fiera, trueno de rayo vengador, etc., etc.; y agrega: «Y alzóse esa generación desventurada y recobró el mayor de los bienes—la esperanza—y Lázaro gentil, tocado de resurrección, voló resignada, si no gozosa, a llenar en torno del vate, del apóstol, del vidente, su fatal misión de reposición infatigable, de reconstrucción pertinaz, de rencor reconfortante y preparación paciente de las futuras sanciones y desquites...» Estos tres puntos suspensivos son todo un programa.

A este idealismo patriótico, que nos agrada por su sinceridad y su pasión, ha dado forma práctica el señor Carlos A. Valcárcel en su conferencia sobre «El Perú y la guerra mundial» publicada por *The West Coast Leader* de Lima y reproducida el 3 de Octubre de este año por el periódico inglés de Valparaíso. Es algo digno de atención. El señor Valcárcel habla sencilla y sobriamente. Después de disertar sobre la conveniencia de que el Perú abandone su estado de simple ruptura de las relaciones diplomáticas con Alemania y entre resuelta-

mente a la guerra, a la cual puede aportar un ejército de doscientos mil hombres, que podrían ser equipados y amunicionados por los otros beligerantes, exclama: «¡Qué incalculables beneficios se derivarían para el Perú de la formación de un ejército semejante! No sólo sería importante su cooperación en contra de los enemigos de la humanidad, sino que también serían importantes los servicios que tal ejército podría prestarle en lo futuro. Los sobrevivientes de ese ejército, adiestrado en el campo de batalla, formarían, después de la guerra, el más eficiente de nuestros argumentos para el arreglo de las cuestiones del Sur, de acuerdo con los dictados de la justicia».

Todo esto, lo repetimos, nos parece bien. Nada más bello que defender los derechos—o los que tales cree el defensor—de la tierra nativa. Si el reconocimiento de esos derechos no se logra con la palabra escrita o hablada, es justo que se le intente alcanzar por el sacrificio. Toda lucha noble contribuye a lo que ha de ser, con el tiempo, la obra de todos: la unidad moral del mundo...

Sin pretender que estas líneas se tomen como reflejo de la opinión pública, ni del pueblo, ni de tal o cual grupo de personas, creemos que urge utilizar la experiencia de las discusiones estériles. Si queremos ser consecuentes con nuestro pasado, debemos ir a la solución chilena. ¿No es, bien considerado, casi ridículo, que después de conquistar, en dos años, Tarapacá y Antofagasta, no hayamos podido conquistar definitivamente, en treinta y cinco años, ni Tacna ni Arica? Un dilema se impone: o esas ciudades son indispensables para la seguridad de Chile, y entonces se las incorpora en forma definitiva, o son inútiles para ese fin, y entonces se las abandona en forma también definitiva. Querer conquistarlas con argumentos, convenciendo a sus habitantes peruanos de que les será más útil la soberanía de Chile que la del Perú, es enamorar a lo romántico, es olvidarse de que nuestro interés no es por el alma de Arica ni por el corazón de Tacna. Dígalo, si no, nuestro Estado Mayor. Necesitamos, pues, ir a la acción. Si caímos en la no siempre clara región de la dialéctica jurídica, de los comentarios, de las citaciones de autoridades, de los ejemplos históricos, de todo eso

que dirigimos, como flechas, a los peruanos y que ellos nos devuelven sin haber perdido, a veces, ni una pluma, deberíamos recurrir a lo único digno de una nación fuerte por su derecho y justa por su fuerza, a una última proposición llena de promesas... La Historia, o no es nada, o es una lección de Energía.

Se nos dirá que esto puede ser peligroso, que los Estados Unidos tienen manifiesta simpatía por el Perú y que tal vez lo amparen en el momento de la solución; que recordemos su actitud en las gestiones terminales de la guerra y cómo no sería de extrañarse que resonaran de nuevo, en la Cámara norteamericana, las palabras de Mr. Robeson, aquel representante de New Jersey que aseguró que si hubiese habido en el Callao, durante las hostilidades, un acorazado yanqui, el desmembramiento del Perú no se habría efectuado. Y bien, contestaremos, si los Estados Unidos desean auxiliar al Perú, si están dispuestos a impedir que Chile entre a la plena posesión de lo que alcanzó a costa de tanto sacrificio, que lo hagan, que se apresuren a hacerlo. Con su intervención sabremos a qué atenernos, habremos terminado un asunto odioso, cerrado una vena rota de nuestro Erario, y, por fin, al entregarles Tacna y Arica para que las entreguen, a su vez, al Perú, no habremos hecho sino ceder, como tantas otras naciones, a la dominadora del mundo, a la Fuerza.

La nota culminante de nuestra actual política exterior ha sido la Embajada Bulnes. La inauguración del monumento a O'Higgins sirvió admirablemente a Chile para demostrar a la Argentina sus nuevos afectos... Nadie ignora que son nuevos. Si es cierto que ellos han existido siempre en algunos de los políticos que, a su paso por Buenos Aires, han podido apreciar la gentileza y la cultura de sus colegas bonaerenses, y en muchas familias, emparentadas o nó con las de allá, es cierto también que esos afectos no ligaban a los dos pueblos. Los intentos de don Pedro Montt por crearlos y enardecerlos habían caído en el vacío, porque los hizo en circunstancias que habrían importado, para nosotros, el alejamiento del Brasil.

La conveniencia de los dos países ha estado y está en unirse; pero esta unión no ha podido efectuarse de modo sincero y franco porque no es fácil modificar los sentimientos tradicionales, mantenidos en nuestras clases populares por el recuerdo de las discusiones sobre límites, y en nuestros estudiantes y letrados porque los escritores argentinos no siempre han dicho con la debida imparcialidad lo relativo a la independencia de Chile. Según su decir, nuestra emancipación se debió a la Argentina, como nuestra cultura a sus proscriptos. Un pueblo tan altivo como el chileno y tan celoso de sus laureles no perdona fácilmente esos atentados a su historia, ni aun sabiendo, como sabe para su consuelo, que según ese mismo decir,—el de las leyendas universitarias,—la independencia de toda o casi toda la América del Sur es gloria de San Martín... El entusiasmo de los escritores argentinos por su Héroe a quien, cuando volvió a Buenos Aires ni siquiera visitaron sus compatriotas, es digno de respeto, y para nosotros, admiradores de todo lo que es sincero y ardiente, hasta de aplauso: no hay que escatimar lauros a los gloriosos; hay que dárselos todos... pero los propios, no los ajenos.

Fué, pues, laudable idea del Gobierno argentino la de disipar los antiguos recelos, la de acercarse, después de haberlo hecho a los políticos, al pueblo mismo de Chile, por medio de la erección de un monumento a O'Higgins. Y fué también laudable idea de nuestro Gobierno la de enviar a Buenos Aires, a nombre del pueblo chileno, a quien, por haber cantado como nadie su última epopeya, podía representarlo con más conciencia de sus virtudes heroicas: a don Gonzalo Bulnes. Con él fué no sólo un político y un respetable miembro de nuestra sociedad y un hombre de letras, sino el recuerdo de una de las páginas más brillantes de nuestra historia civil y militar.

El pueblo argentino debió de comprenderlo así porque sus agasajos no tuvieron el calor ficticio de los preparados y dirigidos por los elementos oficiales, sino el entusiasmo de los espontáneos. Y esto, a pesar de que era conocido el antiguo desapego del señor Bulnes por nuestros vecinos y de que, a pesar

también de haber modificado su criterio a ese respecto, no se redujo en sus discursos a encomiar inmoderadamente, a costa de la verdad, la acción en beneficio nuestro de sus patricios y sus guerreros, sino que recordó la acción de los nuestros en beneficio de la República Argentina. La digna y entera actitud del señor Bulnes le valió la simpatía ardorosa de cuantos creyeron tratar a un diplomático y se encontraron con un hombre. Acostumbrados como están a oir, más que juicios sinceros sobre sus riquezas y verdades sobre su historia, ¡ahes! ante la amplitud de la Avenida Mayo y ¡ohes! ante la magnitud de la cúpula del Parlamento, la entereza del señor Bulnes les extrañó, pero los sedujo, y como a su altivez unen la franqueza, lo aplaudieron hasta el delirio, sobre todo en el banquete del Jockey Club. La actitud del señor Bulnes ha sido una satisfacción para el pueblo chileno porque ella ha demostrado que la firmeza de ánimo y la sobriedad de palabra que son sus virtudes características aun en los momentos de mayor entusiasmo, no fueron olvidadas por su Embajador.

Los versos en que don Eusebio Lillo recuerda a Chile «la blanca montaña que te dió por baluarte el Señor» y que si el poeta hubiera atendido menos a la seguridad del país que a sus necesidades de comunicación, debieran ser «que te dió por aislarte (o algo peor) el Señor», no tendrán razón de ser cantados ni en una ni en otra forma si la importantísima labor diplomática del señor Bulnes es continuada, como debe serlo, por el Congreso de Chile.

Los primeros beneficios de la Embajada Bulnes han sido indirectos, es cierto, pero no por eso menos apreciables. El primero ha consistido en orientar la opinión pública, que ha vivido este último tiempo en atmósfera de acusaciones odiosas, hacia las cuestiones internacionales. Sí, cuando aun quedaban resonancias de las falsas noticias con que se pretendió obscurecer la acción diplomática de nuestro Embajador en Bolivia, se acusa al señor Yáñez de nada menos que de haber dado a fir-

mar al Ministro argentino, señor Portela, una copia adulterada de tal o cual protocolo. El señor Yáñez ha callado, y sólo lo ha defendido públicamente un miembro del partido conservador; se acusa al señor Feliú de haber dado a conocer, al Ministro de Alemania, un telegrama en que el Gobierno de Estados Unidos anunciaba que tal vez se vería obligado a tomar las naves alemanas refugiadas en nuestras bahías, y resulta que no hay tal telegrama, que ni siquiera era posible que existiese porque él habría significado la más odiosa violación de nuestra soberanía. El señor Feliú ha callado y sólo lo ha defendido el sentido común. Se acusa al señor Suárez... Y todos, o casi todos, han callado porque los documentos que comprueban la corrección de los actos impugnados pertenecen a los secretos de la cancillería, secretos que no es posible revelar porque se relacionan con la política internacional de algún Gobierno amigo o con la del nuestro.

Mientras tanto, los fundamentos de esas acusaciones—fantasías o errores— se van convirtiendo, para el público, en verdades, es decir, en vergüenza para el país porque sus políticos, que debieran ser sus hombres más inteligentes, se acusan unos a otros de falta de inteligencia, y porque ellos, que debieran ser los más patriotas ya que por su importancia política representan a su país más que el simple ciudadano, se acusan unos a otros de falta de patriotismo. Los que acusan hablan y gritan sin documentos, los acusados se resignan y callan, también sin documentos; una fuerza mayor les cierra los labios: el secreto de la cancillería. Los señores Yáñez, Feliú, y Suárez tienen algo de los personajes de la tragedia griega.... o mejor, de la cristiana. Bossuet decía que Jesús había sufrido y muerto por poder de la Divinidad; cada uno de los caballeros nombrados, y otros, sufren también y acaso alguno de ellos muera políticamente, también por poder, por poder del Estado. Risueñas similitudes ¿no es cierto? Sólo que de los últimos no todos tienen, a lo que parece, esperanza de Asunción.

El primer beneficio de la Embajada Bulnes ha sido, pues, enaltecer las preocupaciones de la opinión pública, y el segundo, facilitar a nuestro Gobierno, por medio de la cordialísima

unión con la República Argentina,—a la cual ha contribuído en parte apreciable el Excelentísimo señor Gómez, tanto con su tino de diplomático en sus relaciones con los políticos de la Cancillería, como con su acción social en sus relaciones con las señoras del Club de la Reforma...—un medio de afirmarse en la neutralidad que desea mantener, pero que mantendrá sólo hasta que se lo permita la opinión pública. Porque, no hay que engañarse, la libertad de conciencia del Estado es un mito. Así como la mayoría de la representación popular impuso al nuestro, en los comienzos de su vida constitucional, una conciencia religiosa, y como le impone, de acuerdo con los alternados triunfos de las coaliciones y las alianzas, una conciencia política, le impondrá una conciencia internacional. Y si no esa representación, otra fuerza cualquiera, que sea tan poderosa como ella, o más. El arco formado por el Perú, Bolivia y Brasil puede tener su flecha, puede ser estirado por una mano del Norte y su blanco pueden ser las naciones del Sur. Adelantándose talvez a este peligro, un grupo de chilenos respetables ha invitado a reunirse con el objeto de iniciar un movimiento de franca aproximación a los Estados Unidos. Esta iniciativa puede tener consecuencias de importancia: formar una corriente de opinión favorable a la ruptura de la neutralidad oficial, lo que sería extemporáneo, y poco honroso para el pueblo chileno, por cualquier lado que esa resolución se considerase: ya como una vuelta de espaldas al vencido, ya como un acto de sumisión al vencedor. En la política de nuestra Cancillería se impone, pues, la consecuencia. Además, nuestra amistad con los Estados Unidos no necesita ser violentada; es sincera y conveniente, y basta. Día llegará en que seamos, entre todos los países sudamericanos, el predilecto de su grandeza, por haber elegido intuitivamente, como signo patrio, lo único que nos podrá hacer visibles, si llega el caso, en su estupendo y claro y glorioso pabellón: la estrella.

E. DE SALAVERRY.